

Miguel de Cervantes y *El Quijote*: la contradicción entre la realidad y el deseo

José María López Jiménez

Resumen: En este artículo se recogen determinadas impresiones generales y personales en relación con “El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de La Mancha”, de Miguel de Cervantes Saavedra. Del presente artículo cabe destacar la estrecha relación entre los postulados de Erasmo de Rotterdam en su “Elogio de la locura” y algunos posicionamientos de Cervantes en *El Quijote*, que, en el fondo, pero bien ocultados y disimulados, cuestionan el orden político y social de la época.

Palabras clave: El Quijote; Miguel de Cervantes; Erasmo de Rotterdam; locura; orden social.

Códigos JEL: B11; Z11.

“Muchos años ha que es grande amigo mío ese Cervantes, y sé que es más versado en desdichas que en versos” (“El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de La Mancha”, Miguel de Cervantes Saavedra)

“Aplaudid, vivid, bebed, celebérrimos iniciados de la locura” (“Elogio de la locura”, Erasmo de Rotterdam)

La conmemoración en 2016 del cuarto centenario del fallecimiento de Miguel de Cervantes ha sido el momento propicio para nuestra aproximación en profundidad, como lector, a esta obra magna de la literatura española y universal que es *El Quijote*.

Este “desembarco” ha sido tardío, rozando los cuarenta, pero el injustificado atraso se ve atenuado, y puede que hasta compensado, por otras circunstancias.

La primera, y no sé por qué extraña razón, que según se avanza en la lectura de la obra se siente una sorprendente cercanía y familiaridad con las personas, los paisajes y las situaciones. Estamos impregnados por doquier de *El Quijote* sin ser conscientes de ello. Con razón afirma Abellán (2005, pág. 254) que “[no olvidemos que] *El Quijote* es la Biblia española, y que de algún modo todo el ser de España se haya allí involucrado”.

Gozar plenamente del estilo y de la inigualable prosa de Cervantes (también de los muchos versos que salpican la obra¹), y extraer el jugo de la narración

¹ Citamos, por ejemplo, algunos de los sentidos versos de Cardenio vertidos en el capítulo XXVII (primera parte):

“¿Quién mejorará mi suerte?
La muerte.
Y el bien de amor, ¿quién le alcanza?
Mudanza.
Y sus males, ¿quién los cura?
Locura.
De ese modo, no es cordura
querer curar la pasión
cuando los remedios son

principal y de los múltiples *excursus* e historias secundarias de *El Quijote*, creemos que requiere una cierta trayectoria vital para afrontar lo que no deja de ser un reto, derrota aquella que se adquiere con el transcurso del tiempo para la adquisición por el lector de experiencia más que de conocimientos previos, en sentido riguroso.

Estamos inconscientemente familiarizados con *El Quijote*, además, porque es el punto de referencia de un juego de espejos que nos conduce a escenas bien asentadas en nuestro actual imaginario social. Me explico: encontramos dispersas en *El Quijote* “imágenes fuertes” que han sido plasmadas, con mucha posterioridad, por otras de nuestras grandes figuras artísticas y culturales.

Así, no es difícil asociar la cita al “dios de las herrerías que forja para el dios de las batallas” (capítulo XXI, primera parte) con “La fragua de Vulcano”, de Diego de Velázquez; la referencia a la pelea de Sancho con un cabrero (“y fué el fin de las réplicas asirse de las barbas y darse tales puñadas, que si Don Quijote no los pusiese en paz, se hicieran pedazos” —capítulo XXIV, parte primera—) con el “Duelo a garrotazos” de Francisco de Goya; o, en fin, recordar el “Retrato” (“Campos de Castilla”) de Antonio Machado con la reflexión de Sancho: “desnudo nací, desnudo me hallo: ni pierdo ni gano” (capítulo XXV, parte primera)².

muerte, mudanza y locura”.

Cardenio es otro personaje de buena posición social aquejado de brotes de locura por su desafortunada historia amorosa con Luscinda. Resueltas ciertas dificultades, tras el reencuentro casi imposible con su amada, recobra la lucidez.

² Esta cercanía entre lo pictórico y lo literario se refuerza, en este mismo capítulo XXV, cuando Don Quijote afirma lo siguiente: “Digo asimismo que, cuando algún pintor quiere salir famoso en su arte, procura imitar los originales de los más únicos pintores que sabe; y esta misma regla corre por todos los más oficios o ejercicios de cuenta que sirven para adorno de las repúblicas, y así lo ha de hacer y hace el que quiere alcanzar nombre de prudente y sufrido, imitando a Ulises, en cuya persona y trabajos nos pinta Homero un retrato vivo de prudencia y de sufrimiento, como también nos mostró Virgilio, en persona de Eneas, el valor de un hijo

A diferencia de otras obras de la época a las que nos hemos “enfrentado” (por ejemplo, “El Buscón” de Francisco de Quevedo) nos ha parecido que una línea directa nos une al autor, que ha pretendido, es probable que adrede, huir de las referencias y sobreentendidos solo comprensibles por lectores cercanos a él y que han compartido una misma trayectoria vital, lejana en el tiempo para nosotros.

Por supuesto, hay partes de *El Quijote* cuyo completo significado se nos escapa por no disponer de las claves suficientes para su absoluta comprensión, pero quizás por esa “transparencia” general la obra no ha sufrido excesivamente el paso del tiempo, es universal —casi eterna— y verosímil.

Acaso sea esta razón, la de la letra bien escrita, con llaneza y sin afectación, la que justifique la pervivencia de *El Quijote* y de otras obras menos ambiciosas pero también conmovedoras como, por ejemplo, “*El Lazarillo de Tormes*”.

Ya se lo dice Don Quijote a Sancho: “Si desamane cuentas tu cuento, Sancho —dijo Don Quijote—, repitiendo dos veces lo que vas diciendo, no acabarás en dos días; dilo seguidamente, y cuéntalo como hombre de entendimiento, y si no, no digas nada” (capítulo XX, parte primera); “sé breve en tus razonamientos; que ninguno hay gustoso si es largo” (capítulo XXI, parte primera).

Esta aparente sencillez no es incompatible, desde luego, con la profundidad y con una visión de lo que es la vida más que razonable.

El mismo Cervantes se describe como “desdichado” en el memorable capítulo VI (primera parte) cuando se procede a la purga y destrucción de gran parte de la librería del ingenioso hidalgo por el cura y el barbero³. Esa desdicha casi permanente que

piadoso y la sagacidad de un valiente y entendido capitán, no pintándolos ni describiéndolos como ellos fueron, sino como habían de ser, para quedar ejemplo a los venideros hombres de sus virtudes”.

³ Este capítulo VI es de los más deliciosos de *El Quijote* y merecería un comentario propio. No podemos evitar alguna mención al mismo. Son pocos los libros que se salvan de la quema, entre ellos “*Palmerín de Inglaterra*” y, por supuesto, “*Amadís de Gaula*”. Pero solo de la “*Historia del famoso caballero Tirante el Blanco*” se dice que “es éste el mejor libro del mundo”. La ironía cervantina asoma bien cuando “los censores” (con posterioridad a Cervantes han sido frecuentes y hasta tristemente célebres otras quemaduras de libros como símbolo de la cultura y el conocimiento) afirman de “*La Diana*”, de Jorge de Montemayor, y de otros libros del mismo género, que “estos no merecen ser quemados, como los demás, porque no hacen ni harán el daño que los de caballerías han hecho; que son libros de entendimiento, sin perjuicio de tercero”, a lo que la sobrina de *El Quijote* contesta que bien se pueden quemar, no vaya a ser que tras el restablecimiento de su tío de las novelas caballerescas “leyendo éstos se antoje hacerse pastor y andarse por los bosques y prados cantando y tañendo, y, lo

fue su vida, como la de tantos otros, con todas las desgracias, los reveses y los sinsabores, encuentra reflejo en *El Quijote*.

Y ahí está su grandeza, no ya como autor sino como persona, en el fino uso de la ironía anudada a cada consejo o enseñanza que nos regala, en la carcajada que nos arranca continuamente y que conduce a unas lágrimas que igual pueden denotar verdadera alegría que desesperación.

Solo así podemos creer en la honradez de quien afirma que “la verdadera nobleza consiste en la virtud” (capítulo XXXVI, parte primera), o que, en un contexto histórico de supervivencia compatible con la continua búsqueda de reconocimiento y de riquezas, “La libertad, Sancho, es uno de los más preciosos dones que a los hombres dieron los cielos; con ella no pueden igualarse los tesoros que encierra la tierra ni el mar encubre; por la libertad, así como por la honra, se puede y debe aventurar la vida, y, por el contrario, el cautiverio es el mayor mal que puede venir a los hombres” (capítulo LVIII, parte segunda). Solo quien lo probó, lo sabe...

El Quijote es una permanente contradicción entre la realidad y el deseo de prácticamente todos los personajes que desfilan por sus páginas. Esta contradicción se puede extrapolar a una monarquía hispánica que, en aquellos años, ve como se consolidan en ella adquisiciones dinásticas, territorios conquistados y un continente descubierto por azar, lo que proyecta a Castilla, en una carrera extenuante, hacia todo el mundo entonces conocido: Europa, América, África y Asia. La maquinaria del recién constituido Estado moderno, y sus propios ciudadanos, se ven superados en sus capacidades y lo arriandan todo a un oro y una plata que llegan desde América, pero que, además de insuficientes, se gestionan peor que mal.

Así, cobra todo su sentido la afirmación de Erasmo de Rotterdam (1999, pág. 45): “a ningún animal reputo más infortunado que al hombre porque todos los demás se contienen dentro de los límites de su condición, y sólo el hombre se esfuerza por franquear los que se le han impuesto a la suya”.

Del choque frontal entre lo que la realidad ofrece y lo que se puede obtener de ella, y unas desaforadas expectativas, surge la locura de Alonso Quijano, que no impide que en ocasiones brote la lucidez y un pensamiento cabal. Según Abellán (2005, pág. 257), se ha demostrado por Antonio Vilanova, en un cotejo minucioso y sagaz, “que los elementos de la locura quijotesca están ya y han sido extraídos del erasmiano *Elogio de la locura*”. También “el tema pastoril, el de la Edad de Oro, la Arcadia, se repiten una y otra vez, y son pruebas de una actitud muy

que sería peor, hacerse poeta, que, según dicen, es enfermedad incurable y pegadiza”.

cercana a Erasmo” (pág. 259), para añadir que “en *El Quijote* hay algo más que mero erasmismo. Es toda una actitud de rebeldía contra el sistema político y social de la época, que coincide con lo que Américo Castro —a quien en este punto seguimos plenamente— ha llamado “gigantismo”. Efectivamente, los “gigantes”—es decir, los clérigos, las autoridades, los duques, los ricos— salen siempre malparados en *El Quijote*; de aquí que Castro vea en él ‘un ataque contra la vida religioso-intelectual de su tiempo, con una feroz arremetida matizada de sordinas, cautelas y dobles sentidos’” (págs. 266-267).

Apreciamos en *El Quijote*, ciertamente, este cuestionamiento de fondo del orden político, social y económico de la España de los Austrias, pero lo que es manifiesto, a nuestro juicio, es que si Fortuna hubiera sonreído a Miguel de Cervantes y este más que desdichado hubiera sido dichoso, España habría ganado un buen militar, un burócrata o un hombre de negocios, pero habría perdido al genial escritor que glosando nuestra especial y compleja forma de ser a través de las idas y venidas de Alonso Quijano y Sancho Panza se convirtió en universal.

Referencias bibliográficas

ABELLÁN, J. L. (2005) [1976]: “El erasmismo español”, 3ª ed., Editorial Espasa Calpe, S.A., Madrid.

ERASMO DE ROTTERDAM (1999) [1511]: “Elogio de la locura”, Unidad Editorial, S.A., Madrid.

